
Mamá
es una
bonobo
Janil Uc Tun
Ilustraciones de
Carlos Badillo

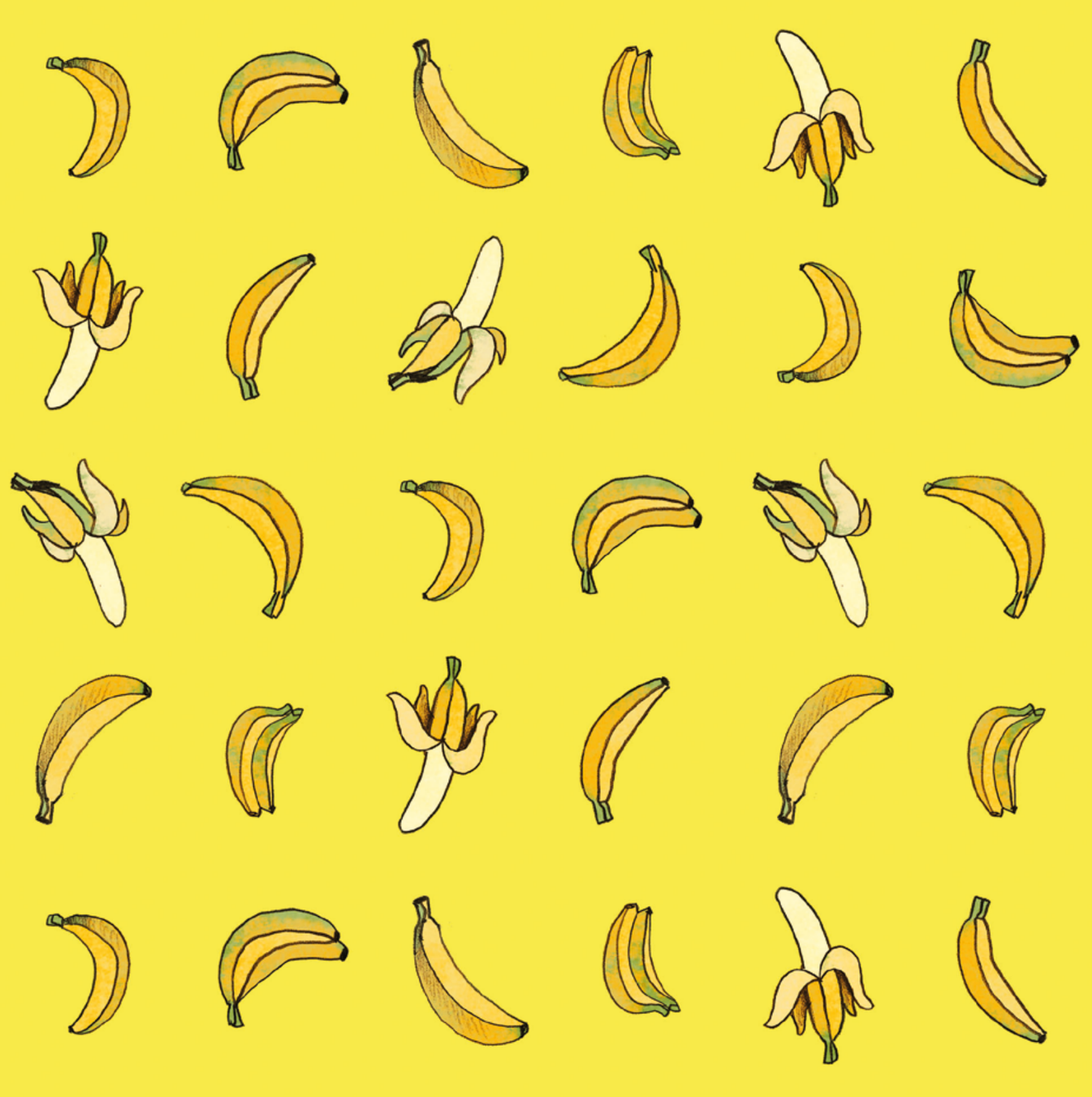
Encuentra las palabras escondidas en esta sopa de letras

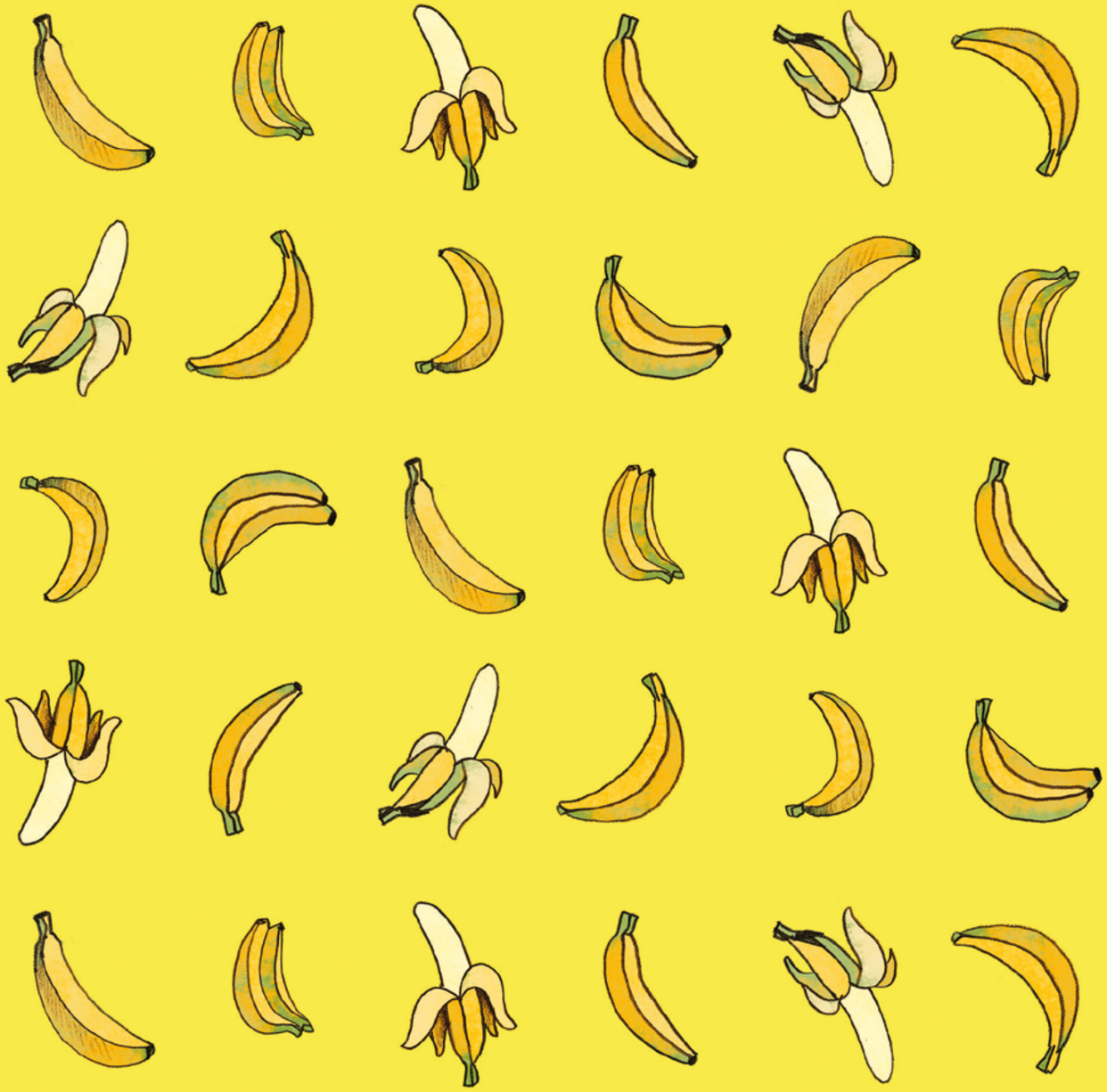
Bonobo Hermano Mamá Investigar Chismes Viaje
Papá Verduras Escuela Macarons Niños Plátano

Q	U	B	H	V	Y	E	F	G	S	G
W	E	N	O	H	I	R	P	A	P	A
R	J	I	W	N	G	A	Y	W	L	O
A	T	Ñ	I	U	O	N	J	U	A	U
G	G	O	N	I	V	B	Z	E	T	S
I	B	S	T	J	I	M	O	L	A	E
T	H	E	R	M	A	N	O	G	N	M
S	Q	S	A	U	A	I	C	P	O	S
E	X	M	J	O	E	M	R	Y	W	I
V	E	S	C	U	E	L	A	Y	N	H
N	V	E	R	D	U	R	A	S	J	C
I	T	K	M	A	C	A	R	O	N	S

Elaboración: Mayra Flores







Mamá es una bonobo

Primera edición, octubre de 2026

Mamá es una bonobo
© Janil Yumil Uc Tun
Texto

© Carlos Alberto Badillo Cruz
Ilustración

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C. P. 50000
Tel.: 722 481 1800
http://www.uaemex.mx

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233

Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: http://ri.uaemex.mx

ISBN: 978-968-9796-05-3

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la posición de la UAEMÉX.

Coordinación editorial: Elisena Ménez Sánchez
Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy
Coordinación de diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza
Diseño y formación: Mayra Flores Mercado

Primer lugar
del
13.er Concurso de
Cuento Infantil

Mamá es una bonobo

Janil Uc Tun

Ilustraciones de Carlos Badillo



Dirección de Publicaciones Universitarias
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

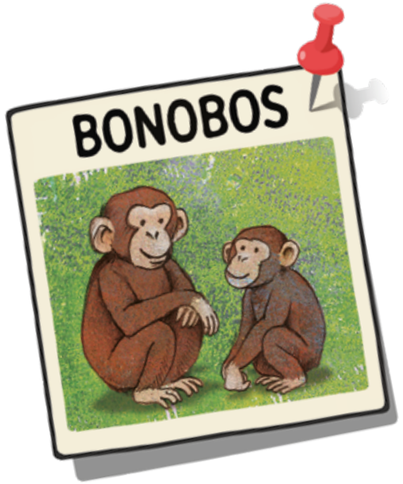
Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Licenciada en Diseño Gráfico
Adriana Juárez Manríquez
Directora de Publicaciones Universitarias

13.er Concurso de Cuento Infantil

Jurado
Judy Goldman
Dalina Flores
Andrés Acosta







Ya tienes la edad suficiente para saberlo, aunque papá no esté de acuerdo. **Es cierto que yo lo supe siendo un poco mayor que tú, pero ¿qué son cuatro dedos de diferencia si esto puede cambiarnos la vida?** Eres mi hermano, por eso es lógico que también seas mi primera opción, y no porque las demás opciones no hayan querido escucharme, sino porque esto se cataloga como una emergencia familiar, así que necesito de toda la ayuda posible.

Sé que te debes estar imaginando mil cosas, eres un niño inteligente como yo lo era a tu edad, incluso puedo decir que quizá hasta más. Tienes buenas calificaciones, prefieres los crucigramas a los dulces y aprendiste a leer a los cuatro años, pero no nos distraigamos con eso.

Probablemente ya sepas de qué te hablo porque habrás visto cosas o al menos las habrás escuchado. **Así que lo diré sin rodeos: mamá es una bonobo.**



No digas nada, déjame terminar. Lo primero que debes saber es que esta información es completamente verídica. Y la he comprobado a través de la ciencia —pasando de la observación al planteamiento del problema, luego una hipótesis que nos lleva a un experimento y, por último, el análisis de datos y conclusiones— así, los resultados son incuestionables y sabes de lo que te hablo.

Lo que no es verdad es la historia alterna, contada por las malas lenguas: dice que nuestra mamá nos abandonó y si no sabemos nada de ella es porque no quiere saber nada de nosotros.

No. Eso es completamente falso, pues no tiene ningún sustento y de lo que yo quiero hablarte es de hechos científicos obtenidos con mi propia investigación que comprueba que los chismes chismes son y que nuestra madre no nos abandonó, está en un viaje espiritual en su natal Monte.





Sabes que papá no nos dice nada al respecto y cuando le preguntamos simplemente llora como un río y luego se calla como una tumba. Pero estoy segura, ya habías oído en la escuela alguna versión porque tus compañeros de clase ya te lo han dicho una y otra vez y por eso llegas con los ojos hinchados a la casa y luego juegas con la comida como si trataras de encontrarle algún sabor hasta que papá y yo terminamos de comer y te quedas sentado en la mesa mientras él lava los trastes y yo los seco y tú nomás te comes una manzana en toda la tarde.

De una vez te advierto que, si los niños son así, los adultos son peores. Pero he llegado a la conclusión de que no es su culpa del todo, gracias a algunos datos encontrados en mi investigación sobre la naturaleza de nuestra madre.

Los adultos actúan de esa manera porque imitan a sus padres, quienes desgraciadamente aprendieron también de sus padres a nunca callarse la boca y andar de aquí para allá murmurando en las calles, en el trabajo o en el mercado, sobre las vidas de los demás y crearse historias que modifican al gusto del cliente. **Eso lo aprendí después de un análisis minucioso del pregón de doña Adela cuando me infiltré en su puesto de verduras del mercado, fingiendo ser su ayudante después de la escuela:**

—Llévele, llévele, de a dos, de a tres, lleve sus verduras tiernas, tres por el precio de una. Solo hoy, solo hoy, porque ya me voy —dice.

—¿Están jugosas? —pregunta la maestra Crisantema observando las zanahorias meticulosamente y clavándoles una uña postiza como si no nos diéramos cuenta.

—Las acabo de sacar de la tierra —responde.



Yo no digo nada y solo observo; sé que en realidad no ha vendido ni un rábano en toda la semana y las verduras se marchitan en sus canastas, aunque les rocíe agua con tierra por las mañanas para que parezcan recién cosechadas. Además, siempre acaba cobrándotelas igual porque una te la vende al precio de tres. Y lo peor es que los adultos lo saben y no hacen nada. En palabras de ella misma: "al cliente lo que pida".

Con los adultos siempre es lo mismo.

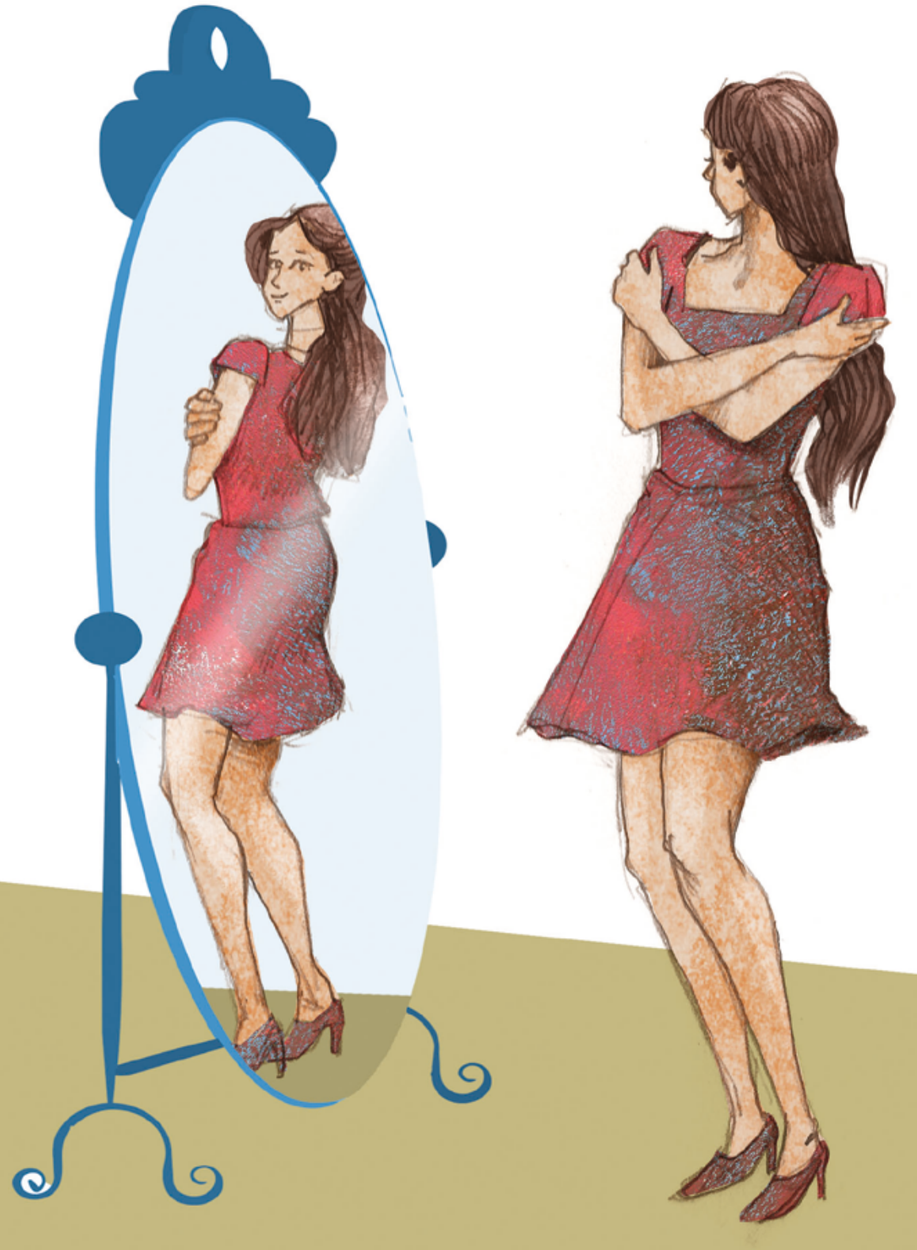
Yo sé lo que te digo porque lo he visto una y otra vez con estos ojos que ves pegados a mi cara. Te lo voy a comprobar, porque desde que la ayudo en la caja después de la escuela, me he enterado de cosas que tú ni te imaginas. Por ejemplo, los adultos también dicen —y esto lo sé porque Petunia, la hija de don Leonardo, me lo dijo— que su papá no se fue de viaje en busca de mejores flores, sino se fue al norte a trabajar como lavaplatos.



Y eso no es todo. No piensa volver porque la última vez que llamó por teléfono fue hace más de un año. Así como lo oyes, platos. Se fue para siempre para lavar platos. Qué mentira tan descarada, como si aquí no hubiera suficientes platos sucios que lavar. **Petunia está desconsolada, pero es muy buena para ocultarlo.** No como su madre, que marchita los girasoles con solo pasarles la mirada.

¿Sabes de quién también hablan los adultos? De Pedro. Sí. De Pedrito, el hijo de don Pedro, el dentista. Ya sabes que todos estaban contentos cuando entró a la universidad con una beca completa, pero me dijo Mariana que le dijo Ernesto, a quien le dijo Liliana que la novia de Pedrito le dijo que en realidad no está estudiando porque no pasó ningún examen el primer semestre y ahora trabaja vendiendo antojitos en la puerta de la universidad y no vuelve nomás por pena.





Pero esto, claro, no lo sabe don Pedro porque si lo supiera, lo obligaría a entrar a la escuela de odontología para que aprenda el oficio de seguir la tradición familiar de extraer muelas del juicio a diestra y siniestra como siempre quiso y sus sueños de ser arquitecto se irán por la coladera. **Así que lo intentará de nuevo el año siguiente o al menos eso le prometió a su novia.**

Pero ahí no acaba todo porque también me enteré que Jessica, ¿sí te acuerdas de Jessica? La hija de doña Micaela, la contadora, no está estudiando diseño de modas en Francia, sino que está trabajando de niñera en una casa de ricos desde donde se toma fotos con la ropa de su patrona.

Yo casi le creí todo porque era mi amiga, y le comentaba todas sus historias, pero desde que subió aquella foto supuestamente en el río Sena comencé a sospechar porque dudo mucho que don Martiniano haya viajado a Francia solo para vender sus chicharrones, cocadas y kibis frente a la torre Eiffel.

—Amiga, ¿dónde andas? —le pregunté.

—En Francia, obvio, estudiando, ¿dónde más? No te imaginas lo hermoso que es París y lo rico que saben aquí los espaguetis, *oui oui* —dijo completamente desenfadada en un audio.

—¿Me traes algo de Francia cuando vuelvas?, ¿un perfume, tal vez?

—*Non, non, mon amie*. Los perfumes aquí son bien caros.

—Está bien, pero sácame de una duda, ¿eso que aparece en tus historias son los chicharrones de don Martiniano?

Y ahí sospeché porque se tardó en contestar y me dejó en visto, aunque luego siguió subiendo historias de comida como si nada.

—¿Cómo crees? Se llaman *macarons* —me dijo en un audio al día siguiente—, los franceses se los comen como chicharrones.





No me volvió a escribir después de eso. Pero yo sé que no eran *macarons* porque estos son completamente diferentes. Se lo pregunté a la maestra Crisantema; ¿recuerdas que ella estuvo en Francia el año pasado y nos trajo a todos en la escuela esos tontos *souvenirs* —como le encantaba decir— de llaveros de la torre Eiffel? Como fuera, quiero que entiendas, y eso grábatelo muy bien, que la gente miente y en el mercado brotan versiones como enredaderas.

Ahora que ya escuchaste el panorama, se te han secado los mocos. Puede ser que ahora quieras ir a decirle a esos niños en su cara todo lo que te he contado gracias a mi investigación.

Pero detente, no te vayas por las ramas, porque eso hacen todos y nosotros no haremos lo que hacen los demás.

Desde que tengo memoria —y esto lo vengo notando desde hace tiempo— sabía que nuestra mamá era algo peculiar, pero aún no armaba el rompecabezas completo.

De una u otra manera, había algo que me daba una explicación de las cosas cuando creía encontrarla con las manos en la masa. Además, papá la ayudaba a ocultar su naturaleza en cada oportunidad.

Pero eso se acabó porque el dato que me hacía falta, la evidencia irrefutable de su mentira, la tuve hoy en mis propias manos.

Estoy segura que tú también recordarás cuando te diga que mamá siempre ha tenido una facilidad para escalar los muebles, ¿a que sí? Lo primero que observé es que cuando por las mañanas volvía de hacer la compra en el mercado y nosotros estábamos en la escuela, se subía trepando a acomodarla en los estantes de arriba sin necesidad de un banquillo.



¿Que cómo lo sé si estábamos en la escuela? Primero noté, durante la temporada de lluvias del año pasado, que había marcas de lodo en los estantes, como de pisadas. Ahí comencé a sospechar.

y por eso me llevé el banquillo a la escuela, ¿recuerdas? Cuando me metí al grupo de teatro para donarlo como utilería en esa obra de *Alicia en el país de las maravillas* porque Ernesto era muy bajo para llegar a dar su monólogo del gato de Cheshire, aunque yo me agachara. **Semanas estuvimos en la casa sin el banquillo y, justo como imaginaba, las huellas persistieron.**

Sé que vas a decir que pudo usar una silla o una escalera y simplemente nadie le tomó la atención para pasarle un trapo, y yo te diría que estás en lo cierto de no haberla visto con mis propios ojos escalar como si el mueble fuera un árbol y los entrepaños, ramas en las que colgaba las sopas y los enlatados.





Fue un día en que volví temprano a casa después de haber discutido con Petunia cuando paró un ensayo para decirnos que no nos estábamos tomando en serio la obra porque no recordábamos nuestros diálogos. Aunque ahora todos sabemos por qué estaba con ese humor si se le acababa de ir su padre a quién sabe dónde y, además, la escuela tuvo que cancelar el pedido de flores naturales para la obra y usar las de plástico que venden con los chinos porque él simplemente no regresaba. **Después de la discusión, la maestra Crisantema estaba furiosa y nos mandó al grupo entero a nuestras casas con una nota.** Te prometo que yo estaba dispuesta a entregársela a mamá y recibir mi castigo, pero cuando me escuchó abrir la puerta, la vi por la ventana saltando como una cirquera desde una de las esquinas del techo de la casa dando una vuelta entera sobre su cuerpo para caer en el tapete con los brazos extendidos para recibirme.

—¿Por qué temprano, hija?, ¿todo está bien?
—preguntó agitada.

—¿Qué hacías allá en la esquina, mamá?

Le pregunté, segura de que me mentiría para ocultar su naturaleza animal.

—Limpiaba las telarañas.

Y eso hacía, pero colgada de los anaqueles, por eso luego le dije:

—¿Y el plumero?

—¡Ah!, lo guardé antes de abrirte la puerta —respondió.

Para mí fue más que obvio todo porque ni siquiera había sacado el plumero de la gaveta y por eso no le mostré la nota y me metí a mi habitación sin decir nada. Sé que vas a decir que cualquiera puede hacerlo y que ahora mismo lo vas a comprobar, pero déjame decirte que yo misma lo intenté y caí irremediablemente al suelo en más de tres intentos.



Luego tendrás la oportunidad de caerte, ahora escucha porque de esto quería hablarte. De la evidencia clave para traer a mamá de vuelta.

¿Alguna vez la has visto comer? No hagas esa cara. Es obvio que la has visto comer, pero ¿la has visto comer algo sin antes comerse un plátano? Sí, sé que vas a decir que a mamá le gusta mucho el plátano y no tiene nada de malo porque a nosotros también nos gusta y siempre comemos uno con la comida. Incluso papá, aunque no siempre se lo termine. Pero, piénsalo por un momento. ¿La has visto comer algo sin que haya un plátano en su plato? Claro que no. **¿Y a quiénes sabemos que les gustan demasiado los plátanos? Así es, a los monos, chimpancés, orangutanes y, por su puesto, a los bonobos.** ¿Sabías que, de todos los primates, los chimpancés y los bonobos son los más parecidos a los humanos? La ciencia lo confirma.

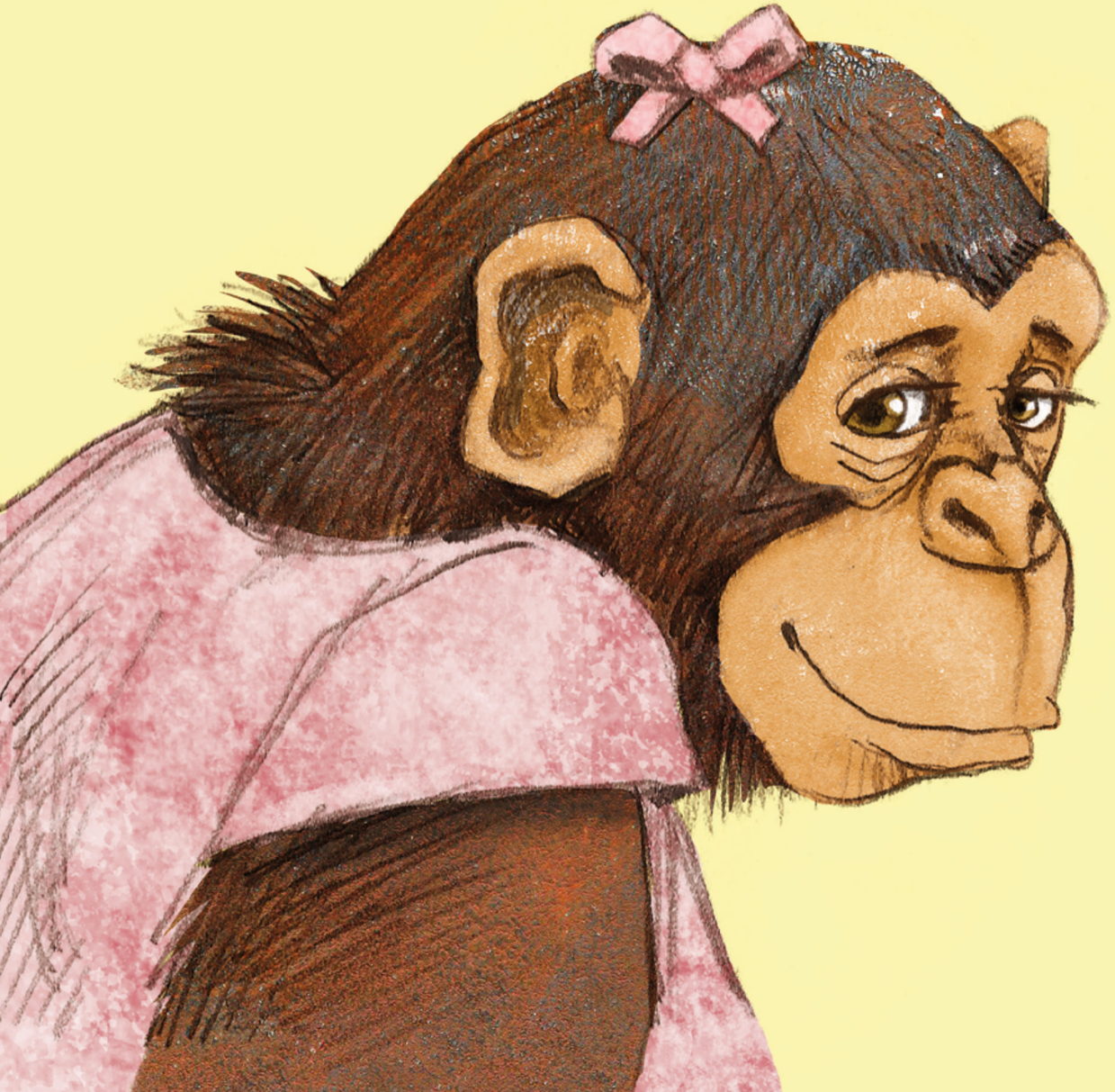
Compartimos con ellos noventa y seis por ciento de nuestro código genético. Ahora dime si eso no aumenta tus sospechas.



Pero espera, ahí no termina mi investigación. ¿Sabes que mamá a veces lloraba por las noches? Pues yo sí la vi varias veces y en una de ellas, incluso, la vi sin la peluca. ¿Sabías que usaba una peluca? Eso es porque los bonobos no tienen el cabello largo como nosotros, pero sí tienen grandes orejas. Cuando quise acercarme a preguntarle qué le pasaba, papá negó con la cabeza y me dijo que mamá estaba cansada antes de cerrar la puerta frente a mí. Pero yo sé la verdad y esa es que extrañaba algo.

¿Ya sabes de qué hablo? Solo puedes llorar así cuando algo se va y lo extrañas tanto porque sabes que nada va a volver a ser igual. Yo la entendía porque eso sentí cuando Jessica se fue, pero no pude decírselo. Y eso es lo que más me molestó, que se haya ido sin despedirse. **Por eso vamos a ir a buscarla al lugar que extrañaba más en el mundo. ¿Y cuál es ese? Claro, el Monte, porque ella es un primate de nacimiento.** Piénsalo por un momento.





El Monte está a kilómetros de distancia de aquí, y nunca nos dejan ir, aunque sintamos deseos de conocerlo. ¿Y por qué? Porque papá detesta el senderismo y andar en bicicleta. Pero no solo eso. Anda, respóndeme esto: ¿cómo son nuestros abuelos? **Claro, no los conocemos porque no viven aquí. Viven en los árboles porque son bonobos, igual que mamá. Entonces es obvio, ¿no? Mamá regresó a su casa porque extrañaba a su familia. Punto final.**

¿Todavía no me crees? Pues la evidencia más contundente e irrefutable de lo que te estoy contando es que hoy, después de haber llegado temprano de ayudar a doña Adela y papá no había vuelto del trabajo, el correo estaba en casa. **Y entre recibos, publicidad y una que otra deuda, había un documento que decía: Acta de... pero cuando estaba a punto de leer lo que seguía, papá me lo quitó de las manos.** Pero eso no importa porque memoricé la dirección del remitente: Avenida Los Cedros, número 414, Montes Azules. ¿Entiendes? Montes Azules. Todo cobra sentido, ¿no es así?

Sé que vas a decir que puede ser un acta de cualquier cosa. Lo he investigado y solo hay cuatro tipos de actas: de matrimonio, de divorcio, de nacimiento y de defunción. **Pero, ¿cuál de esas quisiera ocultarnos papá? De matrimonio, no, porque sabemos que están casados.**

Ni al caso. ¿De divorcio? Error. No lo creo. Los divorcios ya pasaron de moda. ¿De defunción? Definitivamente no, porque hasta donde sé estamos vivos, ¿no es verdad? Además, ¿para qué querría un recordatorio de algo así en la casa? Para eso están las tumbas, así que guárdate esa cara. **Entonces solo nos queda la de nacimiento. Y yo estoy segura que esa acta era la que ocultó papá porque ahí decía que mamá nació siendo una bonobo, ¿no crees?** Claro, con el tiempo se ha hecho una experta en ocultarlo, pero ahora la desenmascararemos porque iremos al lugar del que viene la carta: Montes Azules.



No. No intentes buscarlo en internet. Yo sé lo que te digo. Además, yo ya lo intenté y la ubicación que marca no es la correcta porque si fuera la correcta entonces mamá sería una persona más que está en la ciudad y no sobre un árbol comiendo plátanos; mamá sería una mujer más y no una habilidosa bonobo que escala libreros y anaqueles; mamá sería una mamá más que deja a sus hijos con su padre porque decidió continuar sus estudios universitarios después de que sus hijos crecieron y yo no quiero creer eso. ¿Tú sí?

¿Por qué no dices nada? Anda, di algo. No, no me abraces, solo di que irás conmigo. Bueno,



está bien, un abrazo corto y nos vamos. Solo uno que dure un parpadeo, que dure una limpieza de ojos, que dure una sonada de nariz con mocos, que dure una llorada corta, que dure una pieza de pan partida por la mitad, que dure hasta que papá entre por la puerta del cuarto, que dure solo lo que dura la noche, que dure hasta que mamá vuelva balanceándose por las ramas, y nosotros detrás de ella, recogiendo los plátanos que nos acomodaba en las mochilas.



También habría preferido que todo esto fuera cierto, ¿sabes? Porque tú también serías un bonobo y yo igual, pero supongo que solo es que extraño que me dé las buenas noches. ¿Tú no? Es verdad, eres un niño inteligente.

¿Quieres que te apague la luz? Mañana hay escuela. Por cierto, no te rasques mucho las axilas, que las tienes algo irritadas. Y trata de comer tus verduras, sé que papá no es el mejor cocinero, pero hace lo que puede, para ser un humano. Buenas noches.





Janil Uc Tun

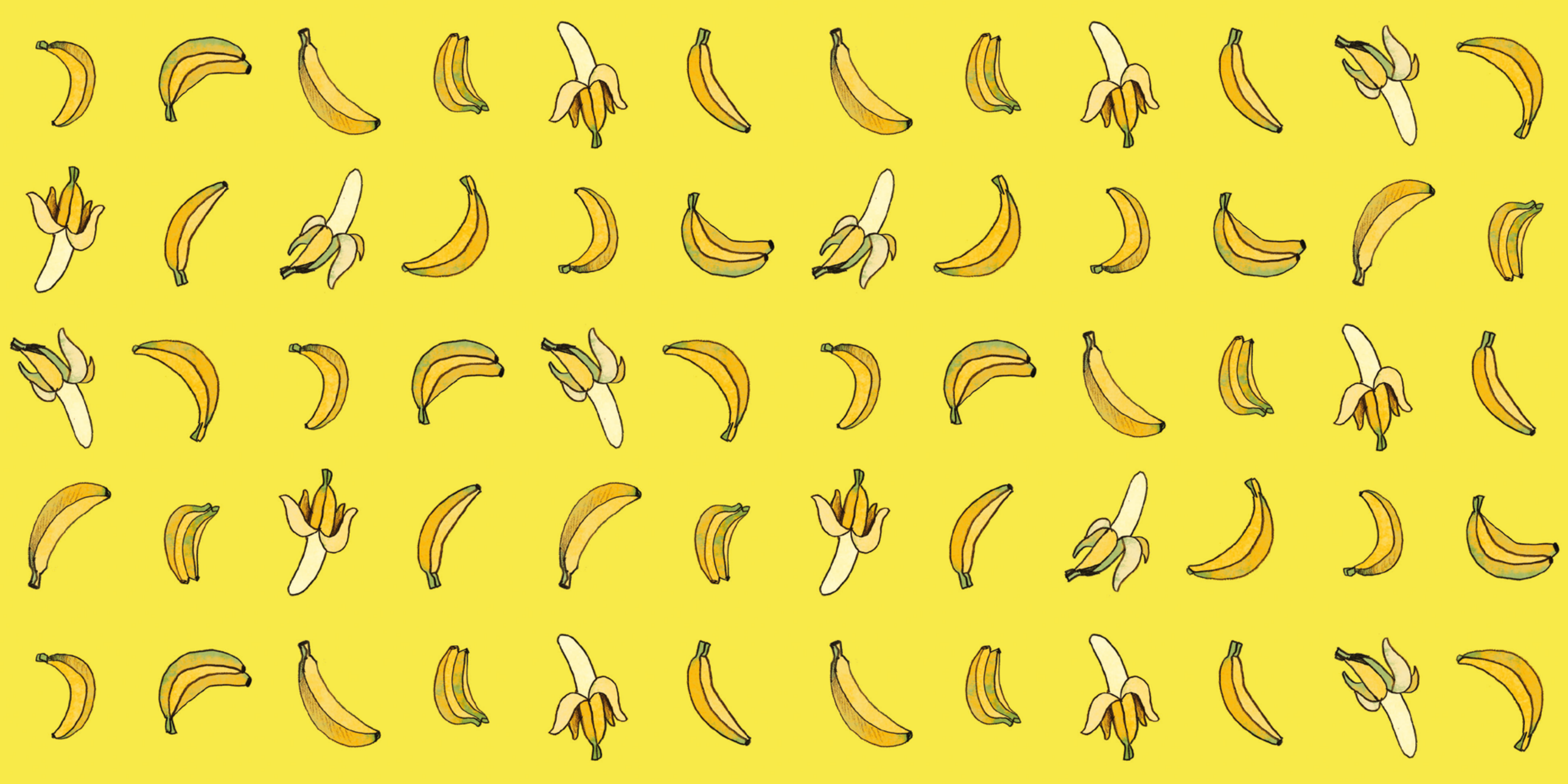
Nació en Ticul, Yucatán (1994). Es Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) y Técnico en Educación Artística con especialidad en Creación Literaria por el Centro Estatal de Bellas Artes (CEBA). En 2025 obtuvo el primer lugar de Poesía de los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango, el Premio Nacional de Poesía Joven "Francisco Cervantes Vidal" y el Premio Internacional de Guiones para Ficción Sonora "Juana Ginzo". En 2022 obtuvo el Premio Nacional de Dramaturgia Joven "Gerardo Mancebo del Castillo Trejo", fue ganador de los LXIII Juegos Florales Nacionales de Ciudad del Carmen y seleccionado en la 3.ª Convocatoria Alas de Lagartija. En 2020 obtuvo el Premio Estatal de Cuento Corto "Tiempos de Escritura"; en 2019, el XIX Premio Peninsular de Poesía "José Díaz Bolio"; y en 2016 el Premio Estatal de Poesía "El espíritu de la letra". Además, es productor ejecutivo del colectivo interdisciplinario *U Yotoch Yúuyum*.



Carlos Badillo

Nació en Tepetzintla, Veracruz. Es Licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX). Ha obtenido numerosos reconocimientos en México y en el extranjero por su trabajo en las áreas de diseño, ilustración gráfica, pintura y dibujo. Ha sido seleccionado en diversos catálogos de ilustradores en México, Iberoamérica, Italia y Emiratos Árabes.

En 2012 realizó el mural *Toluca Bicentenario* como parte de la conmemoración de la fundación de esta ciudad. Formó parte del Programa de Muralismo para la UAEMÉX, al realizar obras con innovaciones técnicas de resistencia a la intemperie para su posteridad. Elaboró el mural en vitromosaico que se encuentra en el Plantel "Dr. Ángel María Garibay Kintana" de la Escuela Preparatoria y el mural *La otra cara de la moneda*, elaborado con monedas de baja denominación, dentro de la Sala de Lectura de la Facultad de Economía de la UAEMÉX.



Ayuda a los hermanos a encontrarse con su mamá



Elaboración: Mayra Flores

¿Cómo justificar que nuestra madre no es como las demás, que ha cambiado?

Hay historias que parten de explicaciones científicas: desde la observación, el planteamiento del problema y la comprobación de alguna hipótesis; estas historias nos permiten experimentar la forma como contamos los hechos.

Hay verdades que, dichas de cierta forma, duelen y chismes que, crecidos como enredaderas, ofenden. Los adultos mienten para guardar las apariencias, para impresionar, o bien, para ocultar lo que no quieren decir.

También hay relatos fantásticos que transmiten cierta verdad para ayudarnos a sobrellevar algún suceso doloroso que, con el apoyo, el cariño y la comprensión en familia se puede superar.

Averigua cómo se cuentan los hechos de esta historia y las verdades que guarda.

Universidad Autónoma del Estado de México

Secretaría de Identidad y Cultura